

EL CAMPO Y LA CIUDAD EN LOS ALBORES DE LA AUTOBIOGRAFÍA MODERNA EN ESPAÑA (MOR DE FUENTES, POSSE, SOMOZA)¹

Fernando DURÁN LÓPEZ
(Universidad de Cádiz)

RESUMEN: *Se analiza la evolución de la dicotomía campo/ciudad entre los intelectuales de las primeras décadas del XIX. Mientras que en el espíritu ilustrado se producía una exaltación de la vida urbana y sus ventajas culturales e ideológicas frente a un mundo campesino que se presenta como embrutecido y dominado por la Iglesia, el Romanticismo reformula el viejo tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea. Se ejemplifica este proceso en tres fases a través de tres autobiografías, las de José Mor de Fuentes, Juan Antonio Posse y José Somoza Muñoz. Palabras clave:* Autobiografía, España, ruralismo, siglo XIX.

ABSTRACT: *This paper analyses the country/city dichotomy among intellectuals in the first decades of the nineteenth century. Whereas the Enlightenment showed an exaltation of urban life, its cultural and ideological advantages in opposition to the rural world portrayed as rude and dominated by the Church, in the nineteenth century Romanticism reformulates the old question about the decay of the court and the praise of the village. This processes is exemplified in three different stages through José Mor de Fuentes, Juan Antonio Posse and José Somoza Muñoz autobiographies. Keywords:* Autobiography, Spain, rusticity, nineteenth century.

La autobiografía, como sabemos, traza la historia de una personalidad, de una vida. Pero, claro es, toda vida transcurre en unas coordenadas concretas de espacio y tiempo, que la determinan. Toda autobiografía o libro de memorias implica, pues, sin remedio tres elementos: un «yo», un mundo que lo circunda y la relación entre ambos; lo más significativo es qué hechos de la realidad selecciona el autor para

¹ Este artículo complementa uno anterior que, bajo el título de "Autobiografía, espacio urbano e identidad del intelectual ilustrado: el caso de Mor de Fuentes", publiqué en el número anterior (nº 3, pp.75-88) de esta revista.

con ellos explicarse, contarse a sí mismo, entre todos los posibles². No es casual, por tanto, que, con independencia de los avatares biográficos de cada uno, se elija como marco para unas memorias una ciudad, el campo o un entorno natural; de qué espacios escoge y, más todavía, de la forma como interacciona con esos espacios, se deriva una visión del mundo y, más aún, una concepción de la identidad individual que el género autobiográfico vierte de una forma más directa que la literatura de ficción. En este artículo pretendo abordar algunos aspectos de esa interacción en las primeras décadas del XIX.

Ortega y Gasset ha relacionado el sentimiento de la naturaleza con la vivencia de la propia identidad; según él, las «vueltas a la naturaleza» que se experimentan cíclicamente en el universo mental europeo obedecen al desgaste de la cultura dominante:

[el hombre] "Tiene, pues, que volver a tomar contacto consigo mismo. Mas su yo culto, la cultura recibida, anquilosada y sin evidencia, se lo impide. Esa cosa que parece tan fácil —ser sí mismo— se convierte en un problema terrible. El hombre se ha distanciado y separado de sí merced a la cultura; ésta se interpone entre el verdadero mundo y su verdadera persona. No tiene, pues, más remedio que arremeter contra esa cultura, sacudírsela, desnudarse de ella, retirarse de ella, para ponerse de nuevo ante el universo en carne viva y volver a vivir de verdad. De aquí esos períodos de «vuelta a la naturaleza», es decir, a lo autóctono en el hombre, frente y contra lo cultivado o culto en él. Por ejemplo, el Renacimiento; por ejemplo, Rousseau y el romanticismo y... toda nuestra época"³.

Para Ortega el hombre busca en la naturaleza una regeneración personal; es decir, busca su propia identidad, se busca a sí mismo, porque el individuo se ha extraviado dentro de la cultura heredada. Y la «vuelta a la naturaleza» que aquí me interesa es la vivida por el Romanticismo, que hizo efectivo su rechazo a la cultura burguesa dominante buscando en la naturaleza y en el mundo rural algunos de los valores que la vida urbana de la revolución industrial negaba.

James Fernández, en una reciente monografía sobre la literatura autobiográfica española del XIX, aborda de manera más directa la cuestión⁴. Fernández detecta

² La autobiografía tiene por procedimiento básico la selección. Sidonie Smith: "...[la autobiografía] es tanto el proceso como el resultado de asignar significado a una serie de experiencias, después de ocurridas, por medio del énfasis, la yuxtaposición, el comentario y la omisión" ("Hacia una poética de la autobiografía de mujeres", *Suplementos Anthropos*, n° 29 (1991), p.96).

³ *En torno a Galileo* (1933), lección VI, en *Obras completas*, 5, Alianza Editorial - Revista de Occidente, Madrid 1983, pp.79-80.

⁴ *Apology to Apostrophe. Autobiography and the Rhetoric of Self-representation in Spain*, Duke University Press, Durham - Londres 1992. Él se refiere a los autores de memorias políticas de principios del XIX, y a Mesonero Romanos, Zorrilla y Palacio Valdés, aunque parece extender su análisis a principio general de la autobiografía.

en los textos autobiográficos una correlación entre dos series de realidades. En la primera serie, el campo y la naturaleza quedan asociados a la figura de la madre, al ámbito de la vida privada, a la primera infancia, anterior al acceso a la educación y la escuela, a un tiempo paradisiaco ajeno al trabajo y situado fuera de la Historia. La niñez del individuo equivale a la niñez de la humanidad pre-urbana. El campo es el lugar en el que nada ocurre, donde se mantienen las tradiciones y se vive de acuerdo a los ciclos naturales y no a los ciclos históricos. El niño, como el campesino, permanece apartado de la política, del ansia de dinero y de los vertiginosos cambios del mundo moderno. Este espacio —biográfico y geográfico a la vez— carece de discurso, ya que el niño, como el campesino, vive un mundo primordial anterior a la cultura escrita.

La serie contraria liga la ciudad a la figura paterna, a la vida pública y las actividades productivas, a los procesos históricos, a los cambios políticos y a la juventud y madurez (simbolizadas por la adquisición de las letras y por la necesidad de trabajar para vivir). La ciudad es el ámbito de las revoluciones, la mezcla de las clases sociales, la nivelación de todas las tradiciones y el bullicioso escaparate de las vanidades en el que nada es lo que parece. Se caracteriza por su temporalidad y, sobre todo, por la proliferación de discurso, por la sobreabundancia de textos, de palabra escrita, de significados. Los conceptos de ruido y desorden resumen la idea de ciudad frente a la de naturaleza: representan la situación moral de un hombre (ya no un niño) expulsado del paraíso y obligado a trabajar y a defender unos valores esenciales (honor, reputación...) en un espacio donde no valen nada porque cualquiera puede ponerlos en cuestión desde las columnas de un periódico. Así, la Verdad que los autores de autobiografías invocan de continuo se torna valor confuso y esquivo, sometido a la contingencia.

Esta añoranza de una infancia idealizada, del mundo rural y natural (iletrado, atemporal, ahistórico), hunde sus raíces en el desarrollo de la sociedad capitalista y de la mentalidad burguesa. Los rasgos más agresivos de esta sociedad son negaciones de ese universo que se vive como perdido, aunque acaso nunca existiera: una vida política sectaria y partidista, carente de moral; el dinero como valor supremo; la pérdida del derecho a la intimidad y a la propia honra en favor de una opinión pública manipulable; profundos cambios en la estructura de clases; la pérdida de tradiciones e identidades regionales; grandes masas de población desarraigadas, que despueblan el campo y se hacinan en la ciudad; un paisaje urbano en crecimiento incontrolado y un paisaje rural destruido por fábricas, ferrocarriles y carreteras con su rémora de suciedad, contaminación y ruido; y, finalmente, una cultura que se vive como otro producto de consumo para las masas.

La ciudad problemática, teatro de los conflictos sociales, es el marco privilegiado de la novela decimonónica. Y, como suele suceder, en la pareja campo/ciudad, el desgaste de uno de los polos conduce a la idealización del otro. En la literatura

autobiográfica española, esta idealización de la niñez y el mundo rural, entendidos como el paraíso del que uno es expulsado para ir a vivir a la feria de las vanidades que es la ciudad, tiene su mejor exponente en la autobiografía de infancia de Armando Palacio Valdés, *La novela de un novelista* (1921). Pero no voy a analizar el momento de culminación del proceso, sino que me remontaré a sus comienzos.

En los ilustrados del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX se producía una inversión del tópico clásico del menosprecio de corte y alabanza de aldea, aunque éste pueda repetirse en la poesía por un automatismo literario. El cambio de tendencia, que en cierto modo se corresponde con el paso de la Ilustración al Romanticismo, empieza a observarse en España al producirse los primeros síntomas de la construcción de una sociedad burguesa, urbana e industrial, que en nuestro país se produjo con el retraso, la inconsistencia y la oposición que todos conocemos. En esto el Romanticismo actualiza una de las líneas de pensamiento más fecundas del siglo XVIII, la de Rousseau, quien no parece haber contagiado antes a los lectores españoles su gusto por la vida en el campo y su emoción por la naturaleza.

Voy a estudiar, pues, algunos casos concretos que ejemplifican este cambio de actitudes en los años cruciales de las primeras décadas del XIX, a partir de un reducido corpus de tres autobiografías de intelectuales ilustrados, entendiendo el término en sentido amplio⁵: José Mor de Fuentes, Juan Antonio Posse y José Somoza Muñoz. Estos autores (junto con otros contemporáneos como Blanco-White, Villanueva o Llorente) elaboran el equivalente español de la autobiografía moderna, rousseauiana, en la que se pretende perfilar una personalidad completa a través de la narración de una vida. Hay que advertir, no obstante, que muy al contrario de Rousseau, mantendrán lo que, con escasas excepciones, ha sido una constante en la literatura personal española: la ausencia de introspección y subjetivismo, y la no inclusión de la vida íntima en el espacio autobiográfico.

En ellos se advierte una concepción de sí mismos como «intelectuales», de forma que para ellos el espacio propio será aquél en el que se verifica el progreso de las ideas y del saber: la ciudad. Del campo tienen una visión realista, utilitaria y nada idealizada. En cuanto a la naturaleza, recibe un tratamiento pragmático, científico, el propio de economistas, geógrafos, agrónomos, geólogos o ingenieros de caminos. Mucho más escasamente encontramos una naturaleza de tipo literario, la naturaleza amena que leen en los clásicos o que reproducen en sus propios versos con menor o mayor fortuna. En ocasiones aún más escasas se halla algún tipo de

⁵ Para algunas consideraciones en torno a los orígenes de la autobiografía en el XVIII español, véase el comienzo de mi artículo citado al principio de este trabajo. Véase también mi *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1997.

sentimiento del paisaje, de proyección de la subjetividad sobre la naturaleza (y es notable esta ausencia en textos autobiográficos, porque niega directamente la herencia de Rousseau). Igual que en el *Diario* de Jovellanos⁶, podemos detectar a veces en la autobiografía de Posse, más raramente en la de Mor, una percepción emocional del paisaje, pero es mucho más habitual, en cambio, leer descripciones objetivas y basadas en el criterio de utilidad, propias del ojo ilustrado: así pues, ésa es la actitud dominante y a lo largo de este estudio insistiré menos en sus excepciones, aunque no dejen de tener interés.

Esta visión del campo, de la naturaleza y de la ciudad que he descrito es la más normal en los medios ilustrados del XVIII y de principios del XIX. Pero con todos los procesos políticos y sociales que transforman la vida de España en el primer cuarto del siglo XIX, y con la irrupción de una nueva mentalidad —el romanticismo—, la ciudad empieza a adquirir las connotaciones negativas que hemos visto anteriormente, mientras que el espacio rural y la naturaleza toman un cariz más positivo. Y esto se puede apreciar en ciertas actitudes de los autores mencionados, protagonistas de un mundo en transición. A esos matices nuevos que permiten adivinar un cambio de tendencia voy a dedicarme a continuación.

El primer paso en el análisis será José Mor de Fuentes⁷, poeta y novelista aragonés nacido en 1762, que escribió su autobiografía en 1836⁸. Mor muestra el momento inicial de esta evolución de que vengo hablando: la añoranza de la ciudad y el rechazo del campo son en él actitudes constantes y nunca puestas en duda. Desgraciadamente, el fracaso en sus ambiciones literarias y políticas le obligó a permanecer largos periodos en su pueblo natal, Monzón, que le resulta aburridísimo y al que suele referirse hablando de la "secatura" provinciana⁹.

Respecto al sentimiento de la naturaleza, es frío y poco apasionado. Nunca está

⁶ Tema estudiado por Ángel del Río, "El sentimiento de la naturaleza en los Diarios de Jovellanos", *Nueva revista de filología hispánica*, VII (1953), pp.603-637.

⁷ Me ocupo de este autor en mi artículo citado, por lo que aquí resumiré al máximo. Véase también, sobre la autobiografía de Mor: Manuel Alvar, "Mor de Fuentes", *Estudios y ensayos de literatura contemporánea*, Gredos, Madrid 1971, pp.17-51; Gaspar Garrote Bernal, "El Bosquejillo de Mor de Fuentes y los dos niveles de la autobiografía literaria", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* (Madrid), n° 9 (1990), pp.113-137; Emilio Quintana Pareja, "José Mor de Fuentes (1762-1848) y la escritura autobiográfica de su tiempo", *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica literaria y teatral. Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992*, Visor Libros, Madrid 1993, pp.333-341.

⁸ *Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes, delineado por él mismo*, Imprenta de D. Antonio Bergnes, Barcelona 1836 (288 pp.). Citaré siempre por la edición de Miguel Artola Gallego: *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Ediciones Atlas (BAE 97), Madrid 1957, pp. 373-428.

⁹ Véanse las citas que incluyo en el artículo citado, pp.82-84, donde se desarrolla más por extenso la parte referida a Mor de Fuentes de esta cuestión.

lejos el ojo ilustrado que busca la utilidad en el paisaje, mencionando los cultivos, la fertilidad de las tierras, etc.; cuando no lo mira como un agricultor, lo hace como un literato académico. Aunque Manuel Alvar¹⁰ cree detectar en la obra poética de Mor, en fecha tan temprana como 1796, una cierta ambigüedad ante la naturaleza que indica contagio del sentimiento romántico, que él tanto decía detestar, no parece que eso se aprecie en el *Bosquejillo...*, en el que la literatura y la vida aparecen perfectamente disociadas:

"Es de notar que viviendo entre breñas, selvas y arroyos; oyendo por las noches el graznido del cárabo, ave que remeda extraordinariamente la voz humana; teniendo conmigo poetas como Virgilio, Horacio, Pope, el Taso, etcétera; en fin, hallándome con tanto vagar por la noche y en una situación tan verdaderamente poética, jamás me dio el arranque ni la ocurrencia de hacer un verso, habiendo después compuesto con tan suma facilidad tantos millares, sin mediar quizá los motivos poderosos de amoríos entrañables que entonces me cautivaban y tal vez tiranizaban el ánimo" (p.377).

La visión de la naturaleza sólo se incluye en el texto como motivo para composiciones poéticas:

"...al trasponer la cumbre del Pirineo por el puerto de Bielsa, a la vista de tan grandiosos objetos, determiné, sin haberme ensayado jamás, dar a luz una composición francesa relativa a mi viaje, apenas llegase a mi destino" (p.396)¹¹.

En esta cita el acto relevante para Mor es que el paisaje grandioso —que no describe— fue motivo de que escribiese una poesía en francés, que lo prestigia como escritor, sin importar demasiado las emociones que dicho paisaje le ha sugerido.

La concepción del espacio urbano, del campo y de la naturaleza que vemos en Mor reproduce el esquema propio del intelectualismo ilustrado dieciochesco. Pero al sistematizar la extensa descripción que hace de un viaje a París el poeta aragonés, al lado de su admiración por la rica vida cultural y la grandeza urbana, asoma en un plano más secundario una actitud que anuncia el cambio de tendencia. Mor ya no es capaz de incorporarse a los aspectos más avanzados (en lo bueno o en lo malo) de la vida urbana, burguesa; muestra diversas reacciones entre la incomodidad y el escándalo ante actitudes como la prostitución regulada y sometida a impuestos, la excesiva libertad de las mujeres o la existencia de urinarios en las calles, entre otras varias cuestiones por el estilo. Véase como muestra su comentario sobre uno de los elementos que sin duda más van a caracterizar la sociedad urbana de la Europa contemporánea:

¹⁰ art. cit.

¹¹ Pasajes semejantes en pp.399, 400, 401...

"Es de advertir, para lo que luego sigue, que los franceses, de suyo huecos y fachendones, propenden infinito a realzar sus destinos u objetos con dictados campanudos. Un mozo de café pone para su granjería un corral de aves, y en vez de gallinero o pавero se titula marcialmente director; el boticario se llama farmacéutico; el albéitar, veterinario o mariscal. Me encaminaron el otro año a un sastre llamado Ribes, y me encontré en la portada con este rótulo: Templo del Buen Gusto (*Temple du Goût*)..." (p.415).

Las quejas de Mor (que tenía casi setenta años y un lógico apego hacia elementos de orden) dejan ver un sistema de valores que se ve superados en París (ya que todavía no en España) por la dinámica del crecimiento urbano y el desarrollo de una sociedad dominada por burgueses adinerados.

Por las mismas fechas en las que Mor de Fuentes visitaba París y, de vuelta en Barcelona, publicaba su autobiografía, escribía la suya¹² otro personaje sólo cinco años más joven, el cura gallego Juan Antonio Posse¹³, que llevó una oscura vida de párroco rural y sólo salió de esa oscuridad para destacarse durante la francesada como ardiente patriota y defensor del partido constitucional. Es uno de los más singulares representantes del bajo clero ilustrado de su tiempo¹⁴. Su único libro impreso fue un sermón de 1812 en que defendía la Carta Magna gaditana, causa de que a la vuelta de Fernando VII la reacción se ensañara con él y lo encarcelara. Hacia 1834 encaraba la cercanía de sus setenta años con un severo sentimiento de fracaso. Igual que en otros muchos casos, la escritura autobiográfica sirvió como desahogo personal ante la desdicha y ajuste de cuentas con sus enemigos.

¹² Este texto permaneció inédito hasta que lo publicó parcialmente Gumersindo de Azcárate en *La Lectura* a principios del XX; recogió esa edición recientemente Herr: *Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse, con su Discurso sobre la Constitución de 1812*. Edición a cargo de Richard Herr, Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, Madrid 1984 (293 pp.).

¹³ Nacido en San Esteban de Susto (La Coruña) pueblo de siete casas, en 1766, y muerto después de 1834. Era hijo de un labrador y recibió educación para ser cura gracias a un tío párroco en un pueblo leonés: desde los doce años vivió en León y luego estudió en la Universidad de Valladolid. De ideas jansenistas, tuvo choques con la Inquisición. Es cura sucesivamente de tres pueblos leoneses: Llánaves (1793), Lodares y San Andrés (desde 1805). Poseía buena biblioteca, ya que por influencias obtuvo licencia para leer libros prohibidos. Se muestra entusiasta en sus memorias de la propiedad colectiva, de Tamburini y otros jansenistas, de Mably, de Rousseau, de la República Francesa e incluso de Napoleón (antes de su evolución cesarista). Dentro de la Ilustración pertenece a la corriente menos individualista, menos liberal, que pone por encima del individuo el bien de la comunidad y es partidario de la propiedad colectiva agraria.

¹⁴ Como dice Gérard Dufour, en un artículo esclarecedor sobre las actitudes políticas del clero español, "...no resulta muy difícil calificar a determinados clérigos de «ilustrados». Nadie le negará tal calificativo a Posse, entusiasta de la Revolución francesa y de incuestionable ortodoxia..." ("De la Ilustración al Liberalismo: el clero jansenista", en Joseph Pérez y Armando Alberola (eds.), *España y América entre la Ilustración y el Liberalismo*, Casa de Velázquez - Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Madrid - Alicante 1993, p.59).

Posse comparte la fe ilustrada en que lo más importante de un hombre es su cultura y que ésta sólo se puede hallar en una ciudad; rechaza con dureza la superstición que caracteriza la vida rural y, nacido en una diminuta aldea, le debemos la condena más dura hacia el medio rural que he leído en textos de esta época:

"Plutarco cita una sentencia de Eurípides en que dice: «Que la primera cosa necesaria para la felicidad de un hombre es haber nacido en una gran Ciudad, bien poblada y que ama lo bello y honesto». «Lo necesita, añade él, a fin de que, teniendo abundancia de libros a su disposición y que instruyéndose por la conversación de todas las particularidades que se han escapado a los escritores y que habiéndose conservado en la memoria de los hombres se hagan más verisímiles y más creíbles por esta especie de tradición. Allí tiene el socorro de las bibliotecas, el socorro de los maestros y el de las gentes de buen gusto.» Por esta parte me parece que yo haya sido el hombre más infeliz de todos. Mi lugar se compone de solas siete casas; no hay libros, no hay maestros, ni una cosa que pueda dar idea de lo bello u honesto y contribuir a una buena educación. Unos curas de presentación ignorantes o criados de servicio, clérigos mercenarios, ebrios y conjuradores y todo un clero cuya sabiduría era un poco de mal latín, y algunos casos del padre Larraga, componían todo lo que por las cercanías había de más ilustrado. El país, ciego con la más grosera superstición, siempre en romerías o peregrinaciones muy largas, buscando exorcistas afamados; la lascivia más impúdica en todas las clases y aun desde la más tierna edad; un país así constituido, no podía menos de ser propio para depravar el hombre más bien nacido. Sin embargo, mi padre, aunque no tenía mejores conocimientos de lo honesto que los demás, con los malos tratamientos y castigos que me daba, contribuyó a hacerme temeroso y circunspecto" (pp.19-20).

La infancia de Posse transcurre en su aldea natal y su narración de este periodo está lejos de cualquier idealización: son páginas de una emotiva amargura, dominadas por la figura de un padre embrutecido por la superstición y la pobreza y en las que el autor cuenta la adquisición de sus primeras letras de manos de unos maestros ignorantes y bestiales. Al escribir su autobiografía, ya anciano, nos dirá con tono lúgubre que: "Si la infancia es más penosa para el hombre que para los demás animales, la mía ha sido más triste que la de los otros hombres" (p.17). La asociación de su infancia infeliz con el padre y con la escuela corrobora los planteamientos de James Fernández respecto a que la evocación de una niñez paradisiaca se relaciona con la madre y con la carencia de las letras, mientras que la figura paterna y los profesores —como manifestación de la autoridad, la ley social y el trabajo— representan la expulsión del mundo apacible y atemporal en que vive el niño. Posse, en efecto, no menciona a su madre en toda esta dura narración; sólo más adelante, cuando relate diversos viajes de vuelta a su pueblo y en especial el primero de ellos, siendo un joven estudiante en la Universidad de Valladolid, que se presenta como una especie de segunda infancia feliz, sin responsabilidades y viviendo una vida regalada, aparecerá en escena su madre y ni se mencionará al padre.

El tipo de impresiones paisajísticas que nos brinda Posse, en detalladas descripciones de los pueblos en que estuvo destinado, son también del mismo estilo

de las de Mor, pero más minuciosas, caracterizadas por su objetividad y por la integración de los elementos geográficos con los económicos, agrícolas y humanos. No existe propiamente un sentimiento de la naturaleza, sino una visión objetiva de un paisaje concreto del que forman parte a igual nivel los cultivos, los caminos, los accidentes geográficos, las gentes que lo habitan y la fauna y flora. No describe, pues, un paisaje, sino, en sentido más amplio, un hábitat¹⁵.

"Llánaves es un lugar solitario y forma un reducto salvaje, áspero, estrecho, horrible, y colocado en lo más interior y más elevado de las montañas de León, diez y seis leguas al Oriente de aquella ciudad y como unas ocho leguas de estrecheces de peñas, subiendo hasta llegar a las fuentes del brazo más oriental del Esla. Antes del pueblo se halla la Hoz, así llamada por las curvaturas a manera de hoz que hay en este camino que es muy peligroso en todos los tiempos, sobre todo en el invierno. Casi todo él está lleno de precipicios de algunas varas de alto hasta el agua, que corre por debajo de los pies, por las peñas que se desgajan y por los neveros que caen que arrastran o sepultan todo lo que cogen debajo. Siguiendo río arriba, el camino va por la izquierda, y todo, o la mayor parte de él, formado en peña viva, a modo de cornisa hasta tener la anchura suficiente para los carros. A la Puente de Piedra se pasa al otro lado y se va subiendo en idas y venidas hasta el alto. Esta puente ha tomado su nombre de los peñascos de que está formada, y porque todos los demás son unos pontones de madera para las gentes de a pie. El alto donde se acaba de subir se llama la Ventera, porque lo es realmente, no faltando jamás el aire en este sitio. Desde la Ventera a la Puente de Piedra el río corre invisible debajo de las ruinas de la naturaleza. Desde aquí a Llánaves el camino es corto y casi llano e igual, más estrecho y siempre arrimado al río que se separa luego después de la Ventera" (pp.51-52).

"La situación del lugar [San Andrés] es una de las más vistosas y amenas del Obispado: al Poniente, media legua de León, sobre una riba, mirando a la ciudad. El terreno es bastante feraz, y el centro del pueblo tiene tres huertas de frutas exquisitas, negrillos y chopos en abundancia dentro y fuera del lugar. Da todo género de granos, lino, hortalizas, y tiene buenos pastos. Colocado en un alto que forman las ribas del Bernesga, que corre de Nordeste a Sudoeste, y el riachuelo que baja de la villa de Ferral, el que, si se quiere, entra en todas las casas; es un lugar muy frondoso y alegre en el verano y, por lo mismo, frecuentado por los señores de la ciudad. Los moradores visten a lo paramés; las mujeres gastan rodados, delantales con cerros, monteros, dengues, collaradas, y en usos, casas, vestidos y lenguaje, no se parecen cuasi nada a los de León ni a los de los otros países que están al Oriente del río Bernesga" (p.103).

Pero, respecto a Mor, Posse aporta algunos elementos nuevos: lleva a cabo un fuerte proceso de idealización del modo de vida rural de algunas localidades

¹⁵ Podemos postular que en esta integración no sólo influyen determinaciones de época y de ideología, sino también condicionamientos de origen: el paisaje gallego está muy marcadamente modelado por el factor humano, el paisanaje vive *entre* el paisaje, de forma indisoluble, como parte de él. Así lo defiende Ramón Otero Pedrayo en un bello ensayo de 1954: "Na nosa Terra de ningún xeito podemos teorizar arredor da paisaxe «natural». Foi, máis que domeado, humanizado o bosque. (...) O problema levado por cada labrego, por cada xeneración, é de armonizar, de «entender» o seu eido", *Ensaio sobre a paisaxe galega*, en *Obras selectas II. Ensaíos*, Editorial Galaxia, Vigo 1983, p.71.

leonesas en las que sirvió como párroco. Tras su triste infancia y su no menos triste juventud, Posse entra en la carrera eclesial. Obtiene un primer destino en Llánaves, en las montañas leonesas. Si hemos de creer al anciano que escribe sus memorias, su estancia allí fue una revelación que le mostró un mundo casi perfecto, pobre pero digno y bien organizado, inculto pero cercano a la auténtica felicidad. Ve en el sistema de propiedad comunal de la tierra la raíz de la igualdad entre todos los vecinos, la ausencia de delincuencia, el orden y la paz social basada en el trabajo y en una austeridad rayana en la miseria. Posse se confiesa seducido por este tipo de organización comunal y se reafirma en la creencia de que la propiedad privada es el origen de la desigualdad y la explotación entre los hombres. En este punto, el gallego recoge algunas de las líneas del pensamiento dieciochesco, como la de Rousseau.

Pero Posse mantiene el sentido crítico y la objetividad al describir la vida en Llánaves: la extrema pobreza de la tierra, la dureza del clima y algunos defectos morales muy extendidos entre los lugareños, singularmente la brutalidad de los hombres con sus mujeres. No obstante estos inconvenientes, Posse insiste en su admiración por este estilo de vida rural y apartado de la cultura y de la marcha de la historia. Por eso, resulta cuando menos sorprendente que nada más terminar los tres años de estancia obligatoria en su curato, solicite inmediatamente el traslado, en busca de un destino mejor y más cercano a León:

"Mis pobres feligreses no trataron de oponerse a lo que no podían impedir. Se quejaban de su mala fortuna al ver mi ausencia y decían: «Todos nos dejan, hasta las aves; nadie quiere vivir entre nosotros.» Unos *me reconvenían con lo que les había ponderado su pretendida felicidad, pues que en lugar de aprovecharla, no la quería y los dejaba...*" (p.70)¹⁶.

Casi el mismo proceso se reproduce a la hora de dejar Lodaes, su segundo curato leonés, para ir a un destino mejor, decisión que justifica con dos argumentos: el deseo de acercarse a Galicia y las ventajas intelectuales de vivir cerca de una ciudad, ya que San Andrés, su tercera parroquia, está en las proximidades de León:

"Mis feligreses [de Lodaes] estaban contentos conmigo, yo con ellos. La renta de mi curato era más que lo preciso para sostener mi estado. Tenía buena casa, buena iglesia, *un buen acopio de libros, cual tenían pocos eclesiásticos*. Algunas pocas desavenencias en la parroquia se componían al momento. Entraba en las concurrencias y fiestas de la circunferencia; una buena voz, una figura no despreciable junto con la viveza de la juventud, me hacían desear y gozaba de todos los regalos. En una palabra, no debía pensar en otra cosa sino en estarme quieto y gozar de las comodidades que me había proporcionado la divina Providencia. Confieso ingenuamente que tenía todos los agrados y placeres que podía desear, si los gozase en el país de mi nacimiento. Pero tengo por mi Patria

¹⁶ En esta cita y en las siguientes la cursiva es mía.

todo el amor y toda la ternura de que un hombre puede ser capaz. Creo que he dado de esto pruebas bastante grandes para impedir que nadie pueda dudarlo. Por lo mismo quería acercarme a ella y ponerme en proporción de visitarla.¹⁷ *León y sus inmediaciones ofrecían a mi idea estos medios y las demás ventajas de que al parecer carecía en Lodares. Muchos y buenos libros, abundancia de personas instruidas con quien tratar, médicos, boticas, carnes, buen pan y otras comodidades que mi imaginación exaltada me figuraba mejores para mi bienestar, todas las consideraciones me obligaron a pensar en aproximarme a la ciudad luego que hallase proporción*" (p.87).

Es claro que Posse reproduce el mismo modelo de comportamiento que hemos visto ya en Mor y que es característico de los intelectuales ilustrados: la necesidad de acudir a los centros urbanos donde se hace la política y la cultura. Esa vida ordenada, sencilla y próspera que le ofrecen Llánaves y luego Lodares es rechazada por Posse, igual que Mor repudió la apacible vida provinciana de Monzón. Ésa fue la decisión que Posse tomó cuando sucedieron los hechos y lo hizo parece que sin dudarlo. Pero nuestro único testimonio es la visión retrospectiva del anciano autobiógrafo, en la que se mezclan las razones de entonces y las interpretaciones de ahora; y nótese que en la cita anterior nos indica que fue una "imaginación exaltada" la que le llevó a "figurarse" que todas las comodidades y ventajas de la ciudad eran "mejores para mi bienestar". A la distancia los hechos ya no se valoran de la misma forma y resulta que lo que entonces eran comodidades urbanas ahora son la figuración de una imaginación exaltada. Ese cambio de perspectiva explica esta contradicción entre las decisiones de Posse de ir del campo a la ciudad, y su interpretación posterior, que idealiza el estilo de vida de esos pueblos que tuvo tanta prisa en abandonar.

En la vida de Posse, como en la de muchos de sus contemporáneos, se produce una violenta ruptura con motivo de los acontecimientos de 1808. Aunque ya durante sus estancias en Llánaves y Lodares había dado muestras de su ideología anti-absolutista, es en los años inmediatamente anteriores a 1808 cuando se perfila su participación en la política y las intrigas del obispado de León. Pasado el año 1805 de su traslado a San Andrés (desde donde puede intervenir en los asuntos de la vecina capital), el contenido de las memorias se hace casi por entero político y conforma una detenida autoexculpación. Por su actividad política y por su tempera-

¹⁷ Como curiosidad al respecto de su amor por Galicia, es de destacar la siguiente noticia de sus memorias, donde afirma que ante el sombrío rumbo del régimen liberal de 1820 "...escribí a La Coruña y a mi país para tratar de hacerse independiente, erigiéndose en República libre y separada de los demás, pues tenían todo lo necesario para poderse gobernar por sí mismos. Y en este caso podían hacerse confederados de los otros españoles, aliados natos de los ingleses y otras cosas de esta especie que entonces me ocurrieron.

No gustó esta protesta, y aun fue causa de que se me tuviese por loco en lo sucesivo, y me vi precisado a recoger velas, no volviendo a hablar de ello" (p.249).

mento airado, que le crea enemigos, a partir de 1808 su vida se convierte en un rosario de conflictos con el obispado, con las tropas francesas de ocupación, con los afrancesados de León, e incluso con los patriotas de una u otra tendencia. Y tras 1814 el peso de la reacción cae sobre él. No es aventurado decir, si se lee la autobiografía, que los años de procesos judiciales, detenciones, registros, encarcelamientos, interrogatorios, fugas y todo tipo de vejaciones, quebrantaron el ánimo del cura gallego; la nueva reacción de 1823 acabó muy probablemente con las esperanzas que Posse había puesto en la política, pero no se conserva la parte de sus memorias dedicada a este periodo.

En Posse, pues, los avatares biográficos (que en su caso son algo más que un azar, porque representan el destino de toda una generación) le conducen a percibir su vida anterior como un error, la política como un desastre, la ciudad como un hervidero de intrigas, y la vida primitiva y ahistórica de Llánaves o de Lodaes como un paraíso al que él inconscientemente renunció. Así pues, las grandilocuentes alabanzas que entona el anciano memorialista sobre el Llánaves de su juventud corresponden en gran medida a una reinterpretación de los hechos de su vida a la luz de su experiencia posterior; reinterpretación, por cierto, que resulta consustancial al género autobiográfico. En un momento del texto, cuando tomó la crucial decisión que divide su vida en dos, la de abandonar Lodaes para ir a San Andrés (y recuérdese qué maravillosa descripción hizo de su vida en Lodaes), el autor se muestra consciente del cambio de perspectiva:

"Yo debía estar quieto; pero dicen que el hombre no puede evitar su destino. El mío me arrastraba al curato de San Andrés (...). *Considerando esto en tiempos de mis desgracias, decía que algún demonio celoso que cuida de envenenar los más grandes bienes y los más grandes favores de la fortuna de los hombres, ha causado mi mudanza.* Pero no quiero quejarme sin motivo de la Divina Providencia. Dios es el motor y autor de todo, y no recibe los votos de los temerarios e impacientes; excita nuestro albedrío, y no sólo nos impera la voluntad, mas enciende nuestra imaginación y nos da ideas que nos determina. Así me ha conducido al curato de San Andrés" (p.98).

También es significativo que uno de los poquísimos momentos en que Posse da muestras de una percepción emocional, rousseauiana, de la naturaleza, es recordando su vuelta a Llánaves al cabo de los años:

"...contemplando algún tiempo este lugar solitario y fragoso, conocí cuánto la presencia de los objetos puede reanimar los sentimientos de que había sido agitado cerca de ellos. «¡Qué! —me decía a mí mismo—. ¿Son estos los sitios que yo frecuentaba en los mejores años de mi juventud, en todas las estaciones del año y a todas las horas del día? ¿Es posible que hubiese mirado con tanta indiferencia estas aguas que se precipitan entre estos peñascos, y que se ocultan todo este espacio, donde no se ven ni flores, ni verdura, ni cosa de cuantas ahora se ven en mi curato?» Inmensos hielos pendían de estas rocas en el invierno; festones de nieve eran el solo ornamento de estos valles en la primavera, en donde no se podían sufrir de frío las sombras en el verano, sin ningún agrado,

sin árboles ni arbustos en todo tiempo. Los fuegos de mi mocedad me hacían soportables estos sitios, estos caminos, el horror de la naturaleza" (p.71).

Existe, pues, una compensación entre ambos polos: si se rechaza el espacio urbano, marcado por todas las asociaciones que vengo repitiendo, se idealiza el espacio rural y la naturaleza. Eso es lo que ocurre en Posse y no llega a ocurrir en el caso de Mor de Fuentes, cuya vivencia de los hechos políticos no fue tan traumática. Posse representa, pues, en su trayectoria personal el efecto violento, destructor, de los sucesos históricos, que provocan una reconsideración de la relación del individuo con su entorno.

El tercer y último autor del que voy a ocuparme es José Somoza y Muñoz¹⁸, poeta y prosista de una generación posterior a las que he venido analizando hasta aquí. José Somoza es un escritor injustamente olvidado, autor de hermosos artículos breves en que evoca su propia vida y la vida de su pueblo, Piedrahita, elaborados en una prosa reflexiva y pausada, distante tanto de la sequedad del estilo dieciochesco como de la verbosidad y el retoricismo de la prosa decimonónica. No es extraño que Azorín le dedicara su atención, porque al leerlo se recuerda de inmediato al escritor de Monóvar; y no sólo por el estilo, sino también por su concepción del paisaje, del tiempo y del mundo rural.

Yendo a lo que nos interesa, en Somoza tenemos un temprano ejemplo del rechazo a la ciudad y a todo lo que el mundo urbano decimonónico conlleva: política, cambios sociales, ambición, desorden, intriga, poder del dinero, etc. Si hemos de creer a sus biógrafos, pasó su vida renunciando a honores y cargos políticos que le ofrecieron en los periodos liberales. Defendió con energía su decisión de vivir lejos de la Corte, en Piedrahita, sin ambicionar más que una vida sencilla, libertad para pensar y tiempo para escribir.

No siempre fue así, Somoza tuvo una juventud alocada y disoluta, según él mismo recordará años después hablando en tercera persona:

"...era desaplicado y aun vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestía traje de torero, y sus menos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota (...), ...había abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes

¹⁸ Nacido y muerto en Piedrahita, Ávila (1781 - 1852), vivió muy ligado a su pueblo. Estudió en Ávila y Salamanca. En Madrid se relacionó con los amigos de su padre: Meléndez Valdés, Quintana, Jovellanos, Goya. Durante la guerra combatió contra los franceses y luego se negó a afrancesarse. En el Trienio tuvo cargos y honores, entre ellos el de diputado en 1822, pero mostró siempre desinterés por hacer carrera. Tras las persecuciones absolutistas se retiró a Piedrahita a escribir, colaborando con el *Semanario Pintoresco* y otras revistas. Entre 1834-1839 fue varias veces diputado y presidente de la Diputación de Ávila, aunque rehusó repetidamente esos y otros esos cargos. Se mostró siempre como liberal moderado, librepensador y hombre independiente y sin ambiciones.

de la Tuna. Nada le había aprovechado un instruido y virtuoso ayo que habían puesto a su lado, nada la sociedad más escogida que se reunía en casa de sus padres, ni la que por el verano traía la Duquesa de Alba al palacio de Piedrahita, y el recto y justo D. Manuel José Quintana, que le había conocido en Salamanca, ha confesado después que estaba persuadido de que perecería en un cadalso...¹⁹.

Pero con sólo dieciséis años se produjo su «conversión»:

"La orfandad en que se halló a los diez y seis años, cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la Universidad, y se vino a vivir con su hermano a la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre, donde, ayudado de lo poco que había aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó a la lectura, a la meditación, al verdadero estudio y a la soledad, con tanto ardor y pasión como antes se había dado a los desórdenes" (p.4).

El alejamiento de la vida pública de Somoza no significa una renuncia a la consideración intelectualista del individuo, que también posee Somoza, como Mor o Posse: de hecho, se retira para leer, para poder efectuar ese estudio profundo y reposado en que a su juicio reside la verdadera sabiduría. Pero Somoza es consciente que su decisión tiene un componente asocial que los demás no dejan de percibir:

"...[con veinte años] fue a Madrid y fue bien recibido de los antiguos amigos de su padre, que se complacieron en ver la diferencia y enmienda que había en su carácter y conducta, y no les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habían juzgado. Goya aplaudió alguna vez las caricaturas que hacía enredando con el lápiz o la pluma en su estudio, y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa oyendo las canciones picarescas que cantaba a la guitarra, porque hacían un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba Somoza en su semblante. Lo que no pareció bien a ninguno fue su obstinada manía de no tomar carrera ni fijarse en Madrid, siendo su única pasión las letras y artes, y que prefiriese el campo un hombre a quien no gustaba ni la caza, ni la pesca, ni la agricultura, ni el manejo de su casa, ni los pleitos y chismes de lugar. Pero él, a pesar de todos, dejó a Madrid y volvió a Piedrahita para continuar viviendo como queda dicho..." (pp.4-5).

Al igual que en la niñez idílica de Palacio Valdés, Somoza representa su vida campesina con los atributos de un infancia permanente, de la mítica Edad de Oro en la que no es necesario trabajar, porque otros lo hacen por uno. Es una vida

¹⁹ "Noticia autobiográfica", publicada en: Eugenio de Ochoa, *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y verso*, Braudy, Librería Europea, París 1840, tomo II. Citaré siempre por: *Obras en prosa y verso de Don José Somoza con notas, apéndice y un estudio preliminar por Don José R. Lomba y Pedraja*, Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid 1904 (LVII + 454 pp.), pp.3-4. Una edición más reciente de los artículos de Somoza (que no incluye el citado), pero de difusión restringida, es: *Prosa*, Ediciones Sexifirmo, Piedrahita 1978, edición de J. Francisco Elvira-Hernández.

situada fuera de los procesos históricos; una vida, desde luego, que sólo es posible para un burgués que vive de rentas:

"Ya tendrán curiosidad de saber los lectores (...) cuáles han sido las inclinaciones, las ocupaciones y las distracciones mías. Respondo que las de todos los demás, excepto cazar, jugar y pretender. La poesía, música y pintura me han tenido en el paraíso. (...) En cuanto a ocupaciones económicas, mi capital, como el de mis hermanos, poca administración ha necesitado, como que ha consistido en ganados y rentas: mi buen hermano cuidó de él mientras vivió, y mi hermana ha tenido la misma bondad. Hasta ahora siempre he tenido personas que se interesen por mis bienes mejor que yo mismo"²⁰.

Igualmente, para Somoza la idea de espacio rural, de campo, se asocia directamente con la de permanencia: es decir, un espacio en cierto modo fuera del tiempo. En esto, como en otras cosas, el de Piedrahita anticipa la vivencia del mundo rural de Palacio Valdés o de Azorín, y actualiza con extremo rigor uno de los elementos que James Fernández asocia con más fuerza a la vivencia de la naturaleza²¹. Como ya he mencionado, Azorín mismo llamó la atención sobre este punto:

"Somoza (...) ha querido —estrictamente— ajustar su vida al mismo ritmo, punto por punto, de sus antecesores. Éste es el rasgo fundamental de su personalidad. Somoza siente en sí la continuidad de la especie, y él, instintivamente, trata de establecer una íntima relación entre su persona —tan castellana— y esta vieja casa, esta vieja ciudad, este viejo palacio, ya en ruinas, y este viejo paisaje, todo sobriedad y luminosidad. La obra toda de Somoza responde a esta armonía de un hombre con su medio"²².

La representación de esta idea tiene su imagen más gráfica en la complacencia de Somoza en declarar que vive en el mismo cuarto en que nació:

"Siempre ha estado en compañía de su hermano mayor D. Juan Somoza, que murió en 1829, y desde entonces sigue en la compañía de su hermana D^a. María Antonia, de edad de setenta y tres años. Reside y es vecino en Piedrahita, habitando la casa y el cuarto en que nació, cincuenta y ocho

²⁰ "Una mirada en redondo a los sesenta y dos años", *ed. cit.*, pp.12-13.

²¹ De nuevo recorro a Otero Pedrayo, quien también halla una relación determinante entre espacio y tiempo, entre paisaje y ritmos cósmicos: "O método para o entendimento da paisaxe ten de supor un senso e vivencia primeira do tempo. Elo pra moitas mentes significa un esforzo e traballo. Como que non son poucas as xentes fuxitivas do tempo das ruas e das cidades para repousar na paisaxe maxinada fora do tempo ou somentes rexida por tempo cósmico. (...) A cidade é unha paisaxe onde o factor e o tempo da historia humán, a prol da cultura, impúxose con verdade ou con mentira aos outros factores, pro sin desbotalos enteiramente...", *ob. cit.*, p.60.

²² "José Somoza", en *Al margen de los clásicos, Obras selectas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1943, p.1082.

hace, lo cual tiene él a gran felicidad y mira como prueba de que las revoluciones de este medio siglo no son tan destructoras como las de otros tiempos" (p.6).

Del mismo modo, el sentimiento del paisaje de Somoza está muy subjetivado y, desde luego, no tiene nada que ver con la típica percepción utilitaria de la naturaleza detectable en los autores anteriores. Para él, sin embargo, el paisaje rural sólo se valora como espacio de la memoria personal, de la continuidad de su vida:

"El campo ha sido y es mi amigo íntimo, y así no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas o aguas que yo no sepa entender y apreciar. Pero ¡cosa rara! el campo que no es de mi país, no es comprensible para mí, ni me da casi placer"²³.

Somoza, pues, representa ya de una forma bastante acabada esa transición hacia una reformulación del menosprecio de corte y alabanza de aldea, bajo nuevas bases ideológicas. No es la única peculiaridad de este escritor, quien aprende de Rousseau no sólo la fusión emocional con el paisaje y con el campo, la actitud del filósofo paseante y ensimismado, sino que también ha sido uno de los pocos autores citados por la crítica como practicante en España de la literatura de confesión que el ginebrino inaugura en Europa con tanta brillantez²⁴. Lo más interesante es que este ruralismo de Somoza aparece como una opción personal, plenamente interiorizada, no como una imposición externa, ni como producto de una frustración en sus ambiciones. El proceso del que vengo hablando desde el principio ha culminado ya, pues, en cierto modo.

Y concluyo aquí este repaso a las actitudes ante el campo, la naturaleza y la ciudad de algunos intelectuales entre la Ilustración y el Romanticismo, expresadas en sus obras autobiográficas. He podido apreciar cómo se va verificando un deslizamiento desde una postura de abierta predilección por el espacio ciudadano, concebido como el lugar de la autenticidad y el progreso, en el que un intelectual puede contribuir a difundir las luces sobre un país embrutecido y supersticioso que tiene su fiel exponente en el mundo campesino; hasta otra postura que busca en la naturaleza y en ese mismo ambiente campesino la autenticidad, la permanencia de la tradición y la estabilidad de valores que la ciudad burguesa está ya negando: en suma, el miedo al progreso y a los efectos perversos de la modernidad.

He fijado esta evolución en tres autores casi contemporáneos, que muestran tres momentos del proceso. José Mor de Fuentes nos deja tan sólo entrever el inicio del cambio, pero a través de una experiencia de viaje por Europa; es decir, tiene que

²³ "Una mirada en redondo a los sesenta y dos años", en *ed. cit.*, p.13.

²⁴ Véase Juan Marichal, "La originalidad de Unamuno en la literatura de confesión", *La voluntad de estilo*, Editorial Revista de Occidente, Madrid 1971, pp.187-205.

salir fuera para percibir alguna disonancia en la forma de vida que él abraza, porque España no estaba precisamente a la vanguardia de la urbanización de la vida europea.

En Posse el cambio se produce por unas causas más traumáticas, por su propia experiencia vital: el intento de participar en política —que queda representado biográficamente por su afán de buscar parroquias cada vez más cercanas a la ciudad de León— le ha reportado cárcel, persecución y deshonra. La férrea resistencia de España a la modernidad se cobró en Posse otra víctima. Él ejemplifica el advenimiento de una sociedad quebrada por la lucha partidista, en la cual naufraga la ilusión ilustrada del progreso, de las luces y la razón. Ante el fracaso y a más de treinta años de distancia, Posse recupera en su memoria (e idealiza) el recuerdo de los campesinos de Llánaves y en él los valores primordiales, la autenticidad, que la lucha política le ha negado.

Finalmente, Somoza ha interiorizado un nuevo modelo de comportamiento. En él, que era un liberal, un partidario del progreso, se verifica, sin embargo, una separación entre el destino que quiere para su país y el que desea para sí mismo. Asume y defiende una forma de vida fundada en el rechazo a la ciudad y a la política, en la negación de la historia, del cambio y de los efectos perturbadores de la modernidad. Una forma de vida, en fin, apegada al terruño y a la estabilidad de lo que nunca cambia.

La literatura posterior de románticos y burgueses ya no volverá a recuperar la confianza y la seguridad ante el futuro de los intelectuales ilustrados. Los escritores románticos y los costumbristas recuperarán leyendas, tradiciones, usos y tipos sociales en trance de desaparecer, la naturaleza virgen, el viaje exótico y el recuerdo de la historia como antídotos contra la ramplona sociedad burguesa. Autores como Larra, Pérez Galdós o Clarín nos hablarán de unas ciudades problemáticas, en las que se manifiesta la crisis de valores, el conflicto entre burgueses y obreros, el desengaño ante la modernidad; otros, como Fernán Caballero, Pereda o Palacio Valdés se refugiarán en la descripción de un mundo rural idílico, reflejo de la autenticidad perdida en el camino por el progreso. Pero para entonces, personajes como Mor de Fuentes, Posse o Somoza habrán sido ya del todo olvidados.